

Conclusión

A la República del orden no se llega por unanimidad ni cerrando las puertas de la pluralidad. La gobernabilidad de una nación no depende del número de conflictos sino de sus métodos para resolverlos.

El conflicto no es el principio del fin para un régimen político, no es el camino hacia la crisis; y cuando lo es, no hace sino expresar las diferencias sociales, su intensidad, su antagonismo.

Ocultar el conflicto no lo resuelve. Hace más de dos siglos que los liberales, tras discutirlo, se convencieron de ello. Así que habría que empezar a desacralizar los lugares comunes y asumir el conflicto con todos sus riesgos y potencialidades. Desde luego, nadie supone —al menos no es mi caso— que sea una tarea sencilla y de corto plazo. Todo lo contrario. La historia (de la que he tratado de dar aquí una vaga idea) nos revela que las contradicciones y tensiones por las que atraviesan algunas democracias actuales tienen su origen en ese complejo proceso de articulación entre la democracia y el liberalismo, del cual resultó una forma de práctica democrática muy distinta a aquel referente clásico que se convirtió en modelo.

Si me he referido a la difícil construcción de la democracia es para decir que la democracia no es lo que fue, sino lo que decidimos que fuera. Después de todo, “la democracia —como dice Dunn— es el *nombre* de lo que no podemos tener, pero que sin embargo no podemos dejar de desear”. Si es así, podemos hacer de la democracia una realidad más cercana a nuestras

aspiraciones, en donde la pluralidad y el conflicto no sean experiencias traumáticas.

Un buen comienzo sería —sólo es una intuición— observar la cuestión en perspectiva, trascender coyunturas, y para ello conviene echar mano —como lo hicieron Maquiavelo y tantos otros— de la historia, esa lección que nos permite poner cada cosa en su lugar. El apretado recuento histórico que intento plantear en unas cuantas páginas me parece suficiente para demostrar algo que por obvio puede pasar inadvertido: la democracia es un invento demasiado joven para confiar o desconfiar de él. Si bien lo vemos, el ensayo ateniense duró apenas unas cuantas décadas; a las que le siguieron siglos de ausencia de la democracia. Por tanto, la democracia es un proceso en plena construcción, inmaduro, perfectible y que parece no tener fin.

Lo que sí ha demostrado en poco tiempo la democracia es su superioridad ética frente a cualquier otro régimen político. En buena medida, esa superioridad se sostiene en el régimen de libertades civiles, en el reconocimiento de la pluralidad, su respeto al disenso y la diferencia que la caracterizan. Como en ningún otro régimen, en un orden democrático la oposición tiene el derecho a tener derechos. En una dictadura quien disiente está condenado a la extinción o, en el mejor de los casos, a la exclusión.

La democracia es, pues, la apuesta por expresar el conflicto de forma abierta: de allí su fortaleza y su vulnerabilidad. Una apuesta a la que no podemos renunciar: la democracia ha de seguir siéndolo a condición de su democratización permanente, es decir, a condición de persistir cotidianamente en el reconocimiento de la pluralidad y su corolario, el conflicto.

Para los que esperaban demasiado de ella, conviene recordar que ese “artificio” llamado democracia “no garantiza —como afirma Fernando Savater en *Política para Amador*— más aciertos que los habituales cuando manda uno solo o unos

pocos; ni tampoco mejores leyes, ni mayor honradez pública, ni siquiera más prosperidad”. Para aquellos que desconfían de ella, Savater contesta: “Lo único garantizado en la democracia es que habrá más *conflictos* y menos tranquilidad (suele decirse que ‘tranquilidad’ viene de tranca: los despotismos y las tiranías no dejan moverse ni a una mosca). Pero el griego prefería discutir con sus iguales que someterse a los amos: prefería dispartes elegidos por él que disfrutar de aciertos impuestos por otro; quería inventar las leyes de su ciudad y poder cambiarlas si no funcionaban bien, en vez de someterse a los mandamientos inapelables fueran naturales o divinos”.

Para eso sirve el referente griego, como hace Savater: para servirse de él. La práctica ateniense de la democracia —eso que se suele llamar “democracia griega”— no debe ser un modelo ni un recetario, sino una fuente, un lugar donde se va a aprender. Quizás, como ha propuesto Castoriadis, un *germen* que podemos hacer crecer en nuestras sociedades.

Como los antiguos, los modernos podemos apostar por la construcción de una ciudadanía ampliada por sus diferencias, sus actores y temas antes excluidos de esta noción central en la democracia.

Por último, si tuviera que echar mano de una metáfora para ilustrar lo que viene, recurriría a la figura de Sísifo para sugerir que debiéramos observar la construcción democrática en una sociedad plural como uno de esos trabajos perennes, pero con sentido, a los que los dioses condenaron a Sísifo —” el más sabio y prudente de los mortales”, nos recuerda Albert Camus—, ese rebelde que encadenó a la Muerte y escapó de los infiernos, cuyo castigo —de la mano de Mercurio— fue llevar una roca a la cima de una montaña para verla caer.⁷⁵ Para nosotros, la tarea consiste —sospecho— no sólo en impedir que la roca se venga abajo, sino en seguir empujando, juntos y sin renunciar a nuestras diferencias ni temer al conflicto, hacia una cima que siempre está un paso delante de nosotros.